

GIANFRANCO RAVASI

CUESTIONES DE FE

150 RESPUESTAS A PREGUNTAS
DE CREYENTES Y NO CREYENTES



verbo divino

Gianfranco Ravasi

Cuestiones de fe

150 respuestas a
preguntas de creyentes
y no creyentes

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Tfno: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

Título original: *Questioni di Fede: 150 risposte ai perché di chi crede
e di chi non crede*

Traducción: José Pérez Escolar

© Gianfranco Ravasi

© Diseño de cubierta: *Chapitel Comunicación*

© Arnoldo Mondadori Editore S.p.A., Milán, 2010

© Editorial Verbo Divino, 2011

© De la presente edición: Verbo Divino, 2012

ISBN epub: 978-84-9945-423-8

ISBN versión impresa: 978-84-9945-178-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo la excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita imprimir o utilizar algún fragmento de esta obra.

Índice general

Introducción:

La flor de las preguntas, el fruto de las respuestas.....	11
---	----

I. LAS PREGUNTAS «PRIMERAS»..... 21

El secreto de la «hermenéutica»	23
---------------------------------------	----

El desconcertante caso de una pareja cristiana	25
--	----

¿Escritos «canónicos»?.....	28
-----------------------------	----

El secreto atractivo de los «apócrifos»	31
---	----

«La letra mata...»: el fundamentalismo	34
--	----

Transfusión de sangre y los testigos de Jehová	37
--	----

¿Historia, leyenda o símbolo?	40
-------------------------------------	----

Diversas ojeadas a las páginas bíblicas.....	43
--	----

Un Dios de rostro humano: el antropomorfismo	47
--	----

¿Dios padre y madre?	49
----------------------------	----

El Dios de las masacres.....	53
------------------------------	----

La ira es un vicio; la indignación, una virtud	55
--	----

¿Necesita realmente el cristiano el Antiguo Testamento?	58
--	----

¿Quiénes eran Mani y Marción?	60
-------------------------------------	----

«¿Qué es la verdad?»	63
----------------------------	----

II. LAS PREGUNTAS «LAICAS»	67
¿Abrahán, Moisés, Job y Jesús en la escuela?	69
La Biblia, el «gran código» de la cultura occidental	72
¿Aculturación o inculturación?	75
¿Prohibición del teatro?	78
Diálogo entre la fe y la ciencia.....	80
Fe y evolución	82
Evolución y pecado original	86
El «Rubicón» de la humanidad.....	88
El jesuita prohibido	90
El «caso Galileo», una vez más.....	93
«¡Dios ha muerto!»	95
Entre secularización y secularidad.....	98
«¡Que la mujer aprenda en silencio!»	100
El feminismo en la teología	102
David, ¿homosexual?	105
¿Fue revolucionario el cristianismo?.....	109
El dinero es «una varita mágica».....	111
La dieta vegetariana	114
Medicina natural y homeopatía.....	117
¿Es Dios de derechas?	119
 III. LAS PREGUNTAS «ÚLTIMAS»	 123
Dios y el mal.....	125
El hombre y el mal.....	128
Libertad y pecado.....	130
Dios, el hombre y Satanás	133
Delito y castigo	135

Maldición y mal de ojo	138
Juzgar y excomulgar	140
Morir, ¿y después?	143
La particular «felicidad» de la otra vida	146
¿Inmortalidad o resurrección?	148
La resurrección de la carne	150
Infierno y paraíso	153
¿Existe el purgatorio?	155
¿Está vacío el infierno?	157
¿Un cielo «alienante»?	160
El fin del mundo	163
El destino final del suicida.....	165
La reencarnación o metempsicosis.....	168
 IV. LAS PREGUNTAS «HEBREAS».....	 171
«Adán»: ¿historia o símbolo?.....	173
¿Era la mujer de Caín hermana suya?	175
El mito del andrógino	178
El paraíso terrenal.....	180
El pecado original	183
Los extraterrestres y su «redención»	186
Los fantasiosos y misteriosos <i>‘Elohím</i>	188
El ángel necesario	191
El diluvio bíblico: ¿catástrofe natural o mito?	195
El mal «cósmico».....	198
Éxodo de Egipto: ¿huida o expulsión?	201
Las murallas de Jericó.....	206
La voz de los profetas	209

¿Tres Isaías en un solo libro?	212
El misterioso siervo del Señor.....	215
La anguila de Job	219
El escandaloso Qohelet	222
El Cantar de los Cantares, ¿un poema erótico?	224
V. LAS PREGUNTAS «CRISTIANAS»	229
La «aventura» de los evangelios.....	231
Los evangelios y la historia	234
Jesús y los historiadores romanos.....	236
Los títulos de los evangelios	239
Los manuscritos del mar Muerto y los evangelios.....	241
¿Es antisemita el evangelio de Juan?	244
La genealogía de Jesucristo	248
El enigma de los Magos.....	251
Juan el Bautista	253
El bautismo de Jesús en el Jordán.....	256
¿Tiene un origen evangélico el bautismo de los niños?....	259
La confirmación o crismación del cristiano	261
Jesús, tentado por Satanás	264
¿Qué profesión tuvo el joven Jesús?	267
¿Qué lengua hablaba Jesús?	269
¿Sabía Jesús leer y escribir?.....	272
Los hermanos y las hermanas de Jesús	274
¿Fue Jesús célibe o estaba casado?	277
¿Estaban casados los apóstoles?	282
Jesús y María, en la boda de Caná.....	285
«¿Quién es este Hijo del hombre?»	288

¿Está ya entre nosotros el Reino de Dios?	291
«¡Danos hoy nuestro pan diario!»	293
«¿No nos induzcas?» o «¿No nos abandones a la tentación?»	297
Palabras contradictorias de Jesús.....	300
¿Estaba Jesús a favor de la pena de muerte?	303
«Te daré las llaves del Reino de los Cielos»	305
Pedro, ¿mártir en Roma?	308
¿Un canibalismo místico?	311
¿Rio Jesús alguna vez?	314
¿Era María Magdalena una prostituta?.....	317
¿Volvió verdaderamente Lázaro a la vida?	320
El beso de Judas	324
Judas, ¿un diablo o un santo?	327
El <i>Evangelio de Judas</i>	332
¿Iban armados los discípulos de Jesús?	334
El juicio y la condena de Jesús.....	336
La cruz de Cristo.....	339
«Se oscureció toda la tierra»	342
Las apariciones pascuales de Cristo y lo paranormal	344
El doble Pentecostés	347
«Cada uno tiene su propio carisma»	350
Mitra y Tamuz	352
El Cristo «musulmán»	354
El Jesús «indio»	357
<i>Índice de nombres</i>	361

Introducción

La flor de las preguntas, el fruto de las respuestas

«Todos pueden dar respuestas, pero solo un genio hace verdaderas preguntas». Oscar Wilde, un distinguido escritor inglés del siglo XIX, pero también un «genio de frases» fulminantes, captaba así un aspecto del conocimiento humano que, casi un siglo antes, ya había intuido un escritor moralista francés, el duque de Lévis, en su antología titulada *Máximas, sentencias y reflexiones*: «El ingenio de un hombre se juzga mejor por sus preguntas que por sus respuestas». Pues bien, lo que el lector tiene entre sus manos es, sobre todo, un libro de preguntas. No sé hasta qué punto son geniales, pero sí son, ciertamente, significativas de las que me han hecho a lo largo de los años personas con las que casi nunca me he encontrado directamente, aunque he dialogado con ellas a través de los periódicos o la televisión al aceptar precisamente sus interrogantes religiosos o filosóficos.

El *ars interrogandi*

A menudo, eran preguntas inesperadas que yo mismo no me había hecho y que, en todo caso, me sorprendían. Otras veces, eran preguntas que consideraba marginales y secundarias, pero que, sin embargo, muchos pensaban que eran importantes. A menudo, eran preguntas tan radicales, profundas y absolutas que reconocía interiormente la insuficiencia de mi respuesta en el mismo acto de contestarlas. Asimismo había, ciertamente, interpelaciones polémicas y provocadoras,

a veces estriadas de malicia. Pero también esas son la sal de la discusión. No tendríamos la única declaración explícita «político-económica» de Jesús de Nazaret, que ha llegado a ser esencial en la historia social de Occidente, si no se hubiese hecho aquella pregunta lanzada por los fariseos y los herodianos «para cazarle en el discurso»: «¿Es lícito o no pagar el impuesto al César?» (Mc 12,13-17).

También ha habido no pocas preguntas retóricas, y no tanto porque la respuesta fuera obvia cuanto, más bien, porque quien escribía buscaba solamente una confirmación que coincidiera con su idea, haciendo, por tanto, sospechar de la esencial inutilidad de la respuesta. En este sentido –aunque en clave espiritual– tiene su valor esta otra bonita «frase genial» de un colega de Wilde del siglo XX, Clive Staples Lewis, que murió en 1963: «A menudo, decimos que Dios no responde a nuestras preguntas; en realidad, somos nosotros quienes no escuchamos su respuestas». En fin, en el espectro tan abigarrado de mis interlocutores se entreveía a veces una pizca de sarcasmo que trataba de desmitificar la misma pregunta, tal vez para evitar que reflexionáramos seriamente y descubriésemos elementos que obligaran a cambiar concepciones u opciones. Se parece un poco a lo mismo que les ocurrió a los discípulos de Cristo después de que, eliminando los sueños de un mesianismo triunfal, él les anunció que iba camino de ser apresado y juzgado y que tendría un final ignominioso: «Ellos no entendían estas palabras; les resultaban tan misteriosas que no lograban captar su sentido. Por eso, tenían temor a preguntarle sobre este asunto» (Lc 9,44-45).

Así pues, es justo que –aunque sea de modo muy simplificado– nos interroguemos sobre la interrogación, para esbozar una pequeña gramática o teoría de la pregunta, siendo conscientes de que esta es el alma del diálogo y, por tanto, de la convivencia humana y social. Así, se descubre que existe un verdadero y propio *ars interrogandi* que confirma la validez

sustancial de la afirmación de Wilde. El mismo diccionario de las diferentes lenguas muestra las diversas iridiscencias del tema. En italiano, por ejemplo, los verbos *domandare*, *chiedere*, *consultare*, *interpellare*, *postulare*, *indagare*, *cercare*, *scrutare*, etc., no se solapan entre sí ni son totalmente sinónimos. Suggerente, por ejemplo, era la distinción en latín, que aprendíamos en las bancas de la escuela, entre *quaerere*, «preguntar para saber», y *petere*, «preguntar/pedir para tener».

Es verdad que en el fondo de la pregunta se encuentra la búsqueda de sentido, que es parte estructural del existir humano, como decía el célebre protagonista de la *Apología de Sócrates* de Platón: «Una vida sin búsqueda no merece vivirse». Precisamente por eso, el niño es implacable con sus «porqués». En él late, en estado puro, aún no esterilizado —como ocurre, por el contrario, con el adulto superficial, desencantado o desilusionado—, el deseo de saber, el ansia de comprender, la curiosidad del descubrimiento. Todas las preguntas serias participan de esta exigencia radical y, de una manera u otra, expresan la interrogación de fondo sobre el sentido último de la existencia, las opciones decisivas, los valores que buscar. Sin la flor de las preguntas que se abren como pétalos, no se tiene después el fruto (no siempre instantáneo y seguro) de las respuestas que indican un camino o una meta en el itinerario de la vida.

Precisamente por esto, la pregunta es el alma de la religión. Y no solo porque la oración es súplica, petición, invocación de ayuda o de revelación: piénsese en los salmos de la Biblia o en la antigua práctica de la pregunta oracular a la divinidad, incluso en el caso de peticiones muy concretas, como una guerra que debe emprenderse (1 Sm 14,37) o la curación de una enfermedad (2 Re 8,8). Y es que en la pregunta religiosa se da otra motivación más profunda: sondear el misterio de Dios, su trascendencia e «incomprensibilidad». Extraordinario, en este sentido, es el libro de Job, que es una

interrogación ideal e ininterrumpida lanzada hacia un cielo aparentemente mudo: «Interrógame, pues —dice Job al Señor—, «y yo responderé, o bien preguntaré yo y tú replicarás» (13,22). Al final, Dios rompe su silencio e interpela irónicamente a su interlocutor diciendo: «Si eres valiente, cíñete los lomos; yo te preguntaré y tú me instruirás» (38,3). Y el sorprendente final será precisamente un imponente discurso epifánico de Dios, presente en los capítulos 38 y 39 del libro, y que se encuentra paradójicamente construido sobre una secuencia de preguntas que el Señor dirige a Job y que, en sí mismas, contienen, *in nuce*, la respuesta esperada.

Resulta curioso el recurso a la interrogación para formular una solución. Es verdad que, en sí mismo, puede ser un método para resaltar el carácter insondable del misterio o, al menos, su índole inagotable. Es habitual decir que un hebreo responde a una pregunta oponiendo otra. Mediante el proceso de las interrogaciones se celebra, no obstante, el dinamismo de la búsqueda religiosa, por la que, como dice el salmista, «en la luz se ve otra luz» (36,10), en un *crescendo* que conoce las etapas de la revelación adquirida, pero también impulsa a seguir avanzando ulterior e infatigablemente. Es algo así como sucede en el amor, donde la conquista es siempre «in-finita», porque infinita es la experiencia e infinito es el objeto. El Cantar de los Cantares, el poema bíblico sobre el amor, no concluye con el abrazo, sino con una carrera ulterior: «¡Huye, amado mío, como una gacela o un cervatillo, por los montes perfumados!».

A veces, sin embargo, la pregunta dirigida a Dios recae sobre quien la lanza hacia lo alto. Se queda, así, como un garfio —recordado, de un modo u otro, por el signo gráfico occidental de la interrogación— que desgarrar la carne y el alma. Es el caso típico de las preguntas que hacen los que sufren, que tienen su modelo en el comienzo del salmo 13: «¿Hasta cuándo, Señor, me seguirás olvidando? ¿Hasta cuándo me esconderás

tu rostro? ¿Hasta cuándo en mi alma amontonaré pensamientos, tristeza en mi corazón todo el día? ¿Hasta cuándo me someterá mi enemigo?». Son las preguntas del sufrimiento, de la adversidad, de la desolación y de la desesperación, que a menudo se coagulan en el simple y desgarrador «¿por qué?», paralelo al «¿hasta cuándo?», que el salmista repite cuatro veces. Por consiguiente, la interrogación puede tener fuertes connotaciones existenciales y puede extenderse hasta los fundamentos de la propia identidad. Significativa, por ejemplo, es la pregunta que Cristo deja serpentear entre sus seguidores: «Pero vosotros, ¿quién decís que soy?» (Mt 16,15). Una pregunta análoga a la que cada uno puede dirigirse a sí mismo —«¿quién eres tú?»— en la intimidad exclusiva de la propia conciencia. Estos son los interrogantes que pueden desordenar la vida, despeinar la ordenada trivialidad diaria o agitar el tranquilo vivir de las costumbres.

Como epílogo a la reflexión sobre el gran valor de la pregunta, es necesario añadir una consideración que concierne a todas las ciencias, sean técnicas o humanas. Esto es lo que explica claramente otro escritor, el novelista francés Honoré de Balzac, en su obra *La piel de zapa* (1831): «La clave de todas las ciencias es, indiscutiblemente, la pregunta. Debemos la mayor parte de los grandes descubrimientos al *¿cómo?* Y la sabiduría en la vida consiste, tal vez, en preguntarse, en cualquier propósito, *¿por qué?*».

El crecimiento del saber se fundamenta en una continua interrogación a la que sucede una respuesta que contiene, a su vez, la posibilidad de otra pregunta; sobre esta altísima pirámide se llega a contemplar espacios cada vez más amplios de la realidad. Es significativo que la misma tradición religiosa de Israel se fundamente en un constante «preguntarse-responderse» de las generaciones, como sucede en la celebración de la Pascua: «Cuando vuestros hijos os pregunten: “¿Qué significado tiene este rito para vosotros?”, les responderéis...» (Éx 12,26-27). Y

la respuesta es, ciertamente, conmemorativa de un pasado, pero también es justificación de un presente de libertad y la apertura de un escenario futuro hacia la plena liberación mesiánica. Es lo que en hebreo se dice *zikkarôn*, «memorial», en el que el hijo interroga al padre para «recordar los días de antaño y meditar sobre los años lejanos» (Dt 32,7), pero, sobre todo, para coger un testigo que le conducirá hacia un nuevo horizonte de comprensión, de esperanza y de salvación.

El *ars respondendi*

«El arte de preguntar no es tan fácil como se piensa. Es más un arte de maestros que de discípulos. Es necesario haber aprendido muchas cosas para saber preguntar lo que no se sabe». Esta aguda observación de Jean-Jacques Rousseau en su *Nueva Eloísa* (1761) resume el primer movimiento de nuestra reflexión sobre el *ars interrogandi*, un ejercicio de la mente y de la vida absolutamente necesario para crecer intelectual y espiritualmente. Ahora, sin embargo, debemos descender también a lo largo de la otra vertiente del diálogo: a la pregunta debe seguir la respuesta. Es más, como ya hacíamos sospechar anteriormente, ya en la interrogación se oculta, a menudo, el germen de la solución. En sus *Diarios*, publicados tras su muerte, Franz Kafka llegaba al punto de afirmar que «las preguntas que no se responden por sí solo al nacer, no tendrán una respuesta».

Es un poco como aquello que nuestros maestros nos sugerían cuando nos invitaban, antes de ponernos a escribir el examen, a leer con detenimiento el título del tema, la formulación del problema o el enunciado de la tesis que debía demostrarse. Kafka, incluso, dejaba también intuir que hay preguntas sin respuesta: estas, en efecto, nos revelan nuestra limitación como criaturas y son un latigazo que fustiga la arrogancia de la omnisciencia o de la *hybris*, es decir, del reto

al albedrío supremo para decidir el bien y el mal, la verdad o la falsedad, lo justo o injusto, según las respuestas dictadas por conveniencia o por mera vanidad y superficialidad. Sin embargo, existe otra ausencia de respuesta que tiene una génesis más inmediata. «Miré —dice el profeta Isaías— y no había nadie; entre estos no había consejeros a quienes yo preguntara y ellos respondieran» (Is 41,28).

El fin de los maestros, como la denominada «muerte del padre» y la extinción de las ideologías, han introducido en la sociedad contemporánea el horror a las respuestas claras y precisas, la mofa de la certeza, la pasión por lo relativo. «La verdad, cualquiera que sea, no os hará libres», afirmaba la filósofa contemporánea Sandra Harding, dando un vuelco al célebre dicho de Jesús en el evangelio de Juan (8,32). Desde esta perspectiva, no existen respuestas «verdaderas», sino probables, y, por tanto, las preguntas fundamentales son exorcizadas, evitadas e incluso despreciadas, precisamente porque exigen réplicas basadas en las categorías de un pensamiento fuerte y sustancial.

No obstante, también se da una ausencia de respuesta más modesta: esta nace del aumento exponencial de las personas insolentes y superficiales que niegan toda propuesta seria, que se zambullen en el entorpecimiento de los lugares comunes y optan por rechazar todo cuanto perturba la chata tranquilidad de su conciencia y de su mente.

«El hombre sabio sabe lo que dice, mientras que el necio dice lo que sabe», afirma irónicamente un aforismo judío. Con esta conciencia, que también es certeza de los propios límites, la persona sabia ofrece las respuestas que conoce de modo exacto y completo, esencial y documentado. Emblemática, en este sentido, es la figura del rey Salomón, que a la reina de Sabá «respondió a todo cuanto le preguntaba; no hubo palabra o realidad tan oculta que Salomón no lograra explicarla» (2 Cr 9,2). A veces, sin embargo, puede darse también

la justa negación de una pregunta, y no tanto por el reconocimiento del límite de nuestra sabiduría y conocimiento. Es interesante notar que en nuestro ordenamiento jurídico existe «la potestad de no responder». El mismo Jesús se acoge a esta potestad ante el tribunal del Sanedrín que le interroga: «Aunque os respondiera, no me creeríais y, si os preguntara, no me responderíais» (Lc 22,67-68).

Existe un silencio para oponerse al necio: «No respondas al necio según su necedad, para que no te conviertas en otro como él» (Prov 26,4), aunque, justo después, el mismo autor sapiencial de Israel corrobora la necesidad de la respuesta en otros casos o contextos: «Responde al necio según su necedad, para que no se crea sabio» (26,5). Así, Jesús —que, sin embargo, había replicado a quien quería «cazarlo», como se ha visto más arriba— opone un gélido silencio no solo al tribunal judío («él callaba y no respondía nada»: Mc 14,61), sino también a Pilato, al menos según el evangelista Marcos, que, a diferencia de Juan (que en el capítulo 18,33-38 de su evangelio narra, por el contrario, una respuesta más clara de Jesús), apostilla diciendo: «Pilato le preguntó: “¿Eres tú el rey de los judíos?”. Y él respondió: “¡Tú lo dices!”. Los jefes de los sacerdotes le acusaban de muchas cosas. Pilato le interrogó de nuevo: “¿No respondes nada? ¡Mira de cuántas cosas te acusan!”. Pero Jesús no respondió nada más, de modo que Pilato se quedó sorprendido» (15,2-5). La misma escena muda se repite con el chabacano y trivial rey Herodes Antipas, ante el que Cristo es llevado: «Lo interrogó haciéndole muchas preguntas, pero Jesús no respondió nada» (Lc 23,9).

Podemos, finalmente, señalar que debe darse cierto estilo en el acto de responder: claridad, esencialidad, rigor. Ya lo recordaba un sabio bíblico del siglo II a.C., el Sirácida, en una lección dirigida a un discípulo ideal: «Habla, oh joven, si te es necesario, no más de dos veces si eres interrogado. Sintetiza tu discurso: muchas cosas en pocas palabras» (32,7-8). Aquí tiene

su origen el lapidario dicho popular latino *Intelligenti pauca*, que ha llegado a ser proverbial también en otras lenguas: «A buen entendedor, pocas palabras bastan». La brevedad, por consiguiente, será también la constante de nuestras respuestas, que se ajustan más a un perfil sintético de la pregunta que a una profundización sistemática, aunque, no obstante, sea legítimo, pero en otros contextos y según otros géneros literarios (piénsese solamente, por ejemplo, en esas obras maestras supremas que son los *Diálogos* de Platón). Los antiguos latinos estaban convencidos de que «*dictum sapienti sat est*», es decir, que «al sabio le basta una sola palabra» (así, Plauto en su obra *El Persa*, v. 729, y en el *Truculento*, v. 644, y también Terencio en *Phormio*, v. 541). Similarmente, san Columbano (540-ca.615) exhortaba: «*Cum sapiente loquens perpaucais utere verbis*» (*Carmen monostichum*, v. 46). Sí, al dialogar con quien es inteligente se deben usar pocas palabras. Y la persona inteligente comprenderá que también en nuestras respuestas existen amplios espacios para una ulterior profundización personal.

«Y no cesamos de preguntarnos una y otra vez»

Henos aquí ante las preguntas de nuestros lectores, preguntas de naturaleza teológica o, más genéricamente, de naturaleza religiosa y moral. Ciertamente, las respuestas están marcadas por una perspectiva clara: la del cristianismo, con sus raíces hebreas, que arroja luz sobre los interrogantes no siempre exclusivos de esta fe, sino que, con frecuencia, son compartidos por otros credos, aunque tal vez abiertos a metas diversas. A menudo, se trata de preguntas universales, que atañen el corazón del hombre y de la mujer en cuanto tales y que han recibido respuestas incluso en otros ámbitos, según las perspectivas de naturaleza puramente racional o filosófica. Con toda seguridad, nuestras respuestas, precisamente porque están ancladas en el cristianismo y en ese «gran código» de

nuestra cultura occidental que es la Biblia, no comparten el pesimismo que expresaba el célebre escritor alemán del siglo XIX Heinrich Heine en su obra *Lázaro*: «Y no cesamos de preguntarnos/ una y otra vez,/ hasta que un puñado de tierra/ nos cierre la boca.../ Pero ¿es esta una respuesta?».

Nosotros miraremos –al menos por cuanto concierne a la respuesta final y definitiva– más allá de la pala del enterrador y del silencio asfixiante de la muerte, conscientes, no obstante, de que es necesario «no cesar de preguntarnos una y otra vez» sobre la vida y la muerte. Quisiéramos, por tanto, poner en señal de este extenso prólogo, antes de emprender nuestro recorrido por el interior de este pequeño bosque de preguntas y respuestas que se encuentran por delante de nosotros en las páginas que siguen, un bellissimo fragmento extraído de *Noche* (1958), del escritor hebreo Elie Wiesel: «El hombre se eleva hacia Dios mediante las preguntas que le hace. He aquí el verdadero diálogo: el hombre pregunta y Dios responde. Pero sus respuestas no se comprenden, no se pueden comprender porque proceden del fondo del alma y allí permanecen hasta la muerte. Las verdaderas respuestas, Eliezer, no las encontrarás en ti. Pregunté, entonces, a Mosheh: “Y tú, ¿por qué oras?”. Me respondió: “Oro a Dios para que me dé la fuerza de poder hacerle las verdaderas preguntas”».

I

LAS PREGUNTAS «PRIMERAS»

Comprometerse a pensar bien:
este es el principio de la moral.

(Blaise Pascal, *Pensamientos*, n. 264)

«Pensar libremente es bello, pero pensar justamente es aún más bello». Así está escrito en una inscripción de la universidad sueca de Uppsala. El original está en latín, pues se trata de una máxima muy antigua, aunque es perfectamente adaptable a cualquier época. Se comprende uno de los aspectos esenciales de la investigación, que es el de la metodología correcta. Por este motivo, hemos titulado esta primera sección con la frase «preguntas primeras»: no solo los interrogantes primeros, sino las cuestiones esenciales que rigen el correcto planteamiento de las preguntas sucesivas y de las respectivas respuestas.

Estamos, por tanto, frente a esa disciplina que, de forma un poco solemne, es definida como «hermenéutica» y que, ya en la primera de nuestras preguntas-respuestas, trataremos de explicar. Es el esfuerzo por elaborar un estatuto, una regla, un método, precisamente, para «interpretar» la realidad o un texto con fundamentación, coherencia y rigor. En el ámbito religioso, a menudo muchos asertos e incluso algunas opciones de vida se basan en malas interpretaciones de los respectivos textos sagrados: un ejemplo de este caso, como veremos, es el fundamentalismo, pero también lo es el puro subjetivismo, que conduce al relativismo de la verdad.

Así pues, tratamos de ofrecer, no mediante una árida secuencia de reglas o leyes «hermenéuticas», sino basándonos en

una nutrida serie de interrogantes temáticos, una guía que permita distinguir y verificar el propio pensamiento y conocimiento en el campo de la teología. Un importante autor espiritual del siglo IV, Evagrio Pónico, en sus *Máximas* (o *Sentencias sobre el conocimiento*), afirmaba: «Trata de ser el portero de tu corazón; no dejes entrar ningún pensamiento sin cuestionarlo». Su consejo era de carácter ético; sin embargo, puede aplicarse fructíferamente también en el ámbito intelectual y cognoscitivo. Esto es lo que quisiéramos hacer con estas preguntas «primeras» y las correspondientes respuestas.

El secreto de la «hermenéutica»

Se nos dice frecuentemente a los creyentes que leamos la Biblia. También se invita actualmente a los no creyentes a que no ignoren las Escrituras hebreas y cristianas, porque son el «gran código» cultural de Occidente, es decir, nuestro punto de referencia ideal y artístico, prescindiendo de la opción de vida de cada uno. Pero ¿cómo interpretar tantas páginas pasadas de moda, escandalosas e inmora-les que infectan el Antiguo Testamento? Aunque tampoco el Nuevo Testamento bromea: pruébese a leer el Apocalipsis o a ver el final que «caritativamente» asigna san Pedro al matrimonio formado por Ananías y Safira, culpables de hacer lo que hoy día hacen tranquilamente todos los cristianos, ya que en absoluto depositan todos sus bienes en las tesorías de Cáritas (léase Hch 5,1-11).

La cuestión planteada por nuestro interlocutor, en apariencia simple, constituye verdaderamente una de las dificultades más complejas que acorralan la mente y el corazón de quien seriamente quiere acercarse a la Biblia. Técnicamente, se suele hablar de la «cuestión hermenéutica», es decir, de los criterios para realizar una correcta interpretación de las Sagradas Escrituras (el término, de origen griego, deriva del dios Hermes, que era el intérprete de la voluntad y de los oráculos de los dioses). Teológicamente hablando, estas tienen, de hecho, para el creyente una doble naturaleza, como el Verbo a quien canta san Juan en el prólogo de su evangelio. Por una parte, son palabra eterna divina; por otra, están «encarnadas» en una historia, en un lenguaje humano y en tres lenguas concretas (el hebreo, el arameo y el griego). Por tanto, es evidente que también debe ser doble el enfoque interpretativo.

Como palabra de Dios, la Biblia exige una guía trascendente que sea capaz de captar la verdad de fe y de vida que está depositada en el texto histórico-literario. Precisamente por esto, Cristo promete, con respecto a la comprensión plena de sus palabras, la ayuda del Espíritu Santo, que «os enseñará todo, os recordará todo cuanto os he dicho... y os guiará hasta la verdad plena» (Jn 14,26; 16,13). Al afirmar la verdad esencial de la fe, la Iglesia está, por consiguiente, sostenida y conducida por el «Espíritu de verdad» dado por el Padre y por Cristo resucitado. Estas verdades trascendentes se han revelado, no obstante, en el interior de sucesos históricos y de palabras humanas.

Por consiguiente, son también necesarios unos instrumentos histórico-críticos adecuados para soltar los nudos de los hechos y del lenguaje humano, vinculado a coordenadas temporales, espaciales y culturales diferentes de las que han vivido los lectores a lo largo de los siglos. No es posible adoptar solamente uno de los dos criterios interpretativos, so pena de romper la unidad divino-humana de las Escrituras. Si, de hecho, ignoro la «encarnación» en la historia y en su cultura, eligiendo una lectura «literal» (es decir, tal como suena el texto), imaginando que esa es la verdad «evidente» que la Biblia quiere comunicarme, puedo llegar a resultados que despistan, porque el lenguaje que entonces se usaba tenía unos cánones diferentes de los nuestros, y, así, se me escapa también la verdadera intención del autor inspirado y, por tanto, de Dios.

Si, por el contrario, ignoro el auxilio del Espíritu Santo para penetrar en el nivel profundo de la revelación del misterio y de la verdad de Dios, reduzco las Escrituras a simples textos literarios del Próximo Oriente antiguo, que deben ponerse junto a las demás obras literarias. Como resulta evidente, el proceso «hermenéutico» exige una verificación en dos planos, el trascendente y el histórico, según unos crite-

rios rigurosos que hayan sido codificados en el ámbito teológico o en el del estudio histórico-crítico. Dado que quienes los usan son hombres falibles, es evidente que pueden tener desviaciones. Pero es precisamente en este punto donde el Espíritu de verdad tiene la tarea de impedir la degeneración de la verdad esencial, dando por supuesto la fragilidad de las interpretaciones de marco, de los corolarios, de las mismas formulaciones contingentes de esa verdad en la historia cristiana.

Con su concepción de la historia, con su mentalidad y cultura, los autores sagrados se pusieron a describir los grandes acontecimientos de la salvación (la creación, el éxodo, las reflexiones sapienciales, los milagros, la vida y las palabras de Cristo). Pero, al mismo tiempo, el Espíritu de Dios, que les «inspiraba», hacía efectivamente que ellos «enseñaran con certeza, fielmente y sin error la verdad que Dios, *para nuestra salvación*, quería que fuese consignada en las Sagradas Escrituras» (así lo afirma el Concilio Vaticano II en la *Dei Verbum* n. 11). Adviértase que la verdad de Dios no tiene como objetivo una enseñanza científica o historiográfica, que en la Biblia puede haber quedado anticuada y superada, sino aquello que afecta «a nuestra salvación».

El desconcertante caso de una pareja cristiana

Para evitar caer en el fundamentalismo, que gana terreno en el islam, pero no perdona tampoco a ciertas sectas o grupos cristianos, es necesario y bueno interpretar las Escrituras, sobre todo frente a las evidentes incrustaciones histórico-tribales del Antiguo Testamento. Pero cuando nos encontramos en el Nuevo Testamento, bajo el régimen del amor, ¿cómo conseguimos «heroicamente» superar el desconcertante caso de Ananías y Safira, una

pareja cristiana considerada culpable solamente por ser prudente con sus ahorros y eliminada tan brutalmente por Dios después de una especie de maldición echada por san Pedro?

A la reflexión general, a la que nos había conducido la pregunta previa, acercamos ahora un interrogante «hermenéutico» mucho más preciso y circunscrito que presenta una pareja de los orígenes cristianos. Ya había asomado su cabeza en la reflexión anterior sobre la interpretación de la Biblia. Pues bien, la reacción de sorpresa del lector común de la Biblia frente a la historia de Ananías y Safira, que caen muertos en el acto, tras una altanera reprimenda del apóstol Pedro, ha sido compartida también por algunos especialistas que han llamado la atención sobre una incoherencia desconcertante a primera vista: ¿cómo es posible que la «buena noticia» cristiana se presente en el candelero de sus primeros pasos con un milagro de muerte, procediendo en sentido contrario con respecto a la acción de Cristo, que devolvía a la vida a los muertos?

No hay duda de que —al menos a nivel del relato y de la reconstrucción del episodio— Lucas, el autor de los Hechos de los Apóstoles, quiere evocar, mediante alusión, una escena veterotestamentaria —por ejemplo, la de la rebelión de Coré, Datán y Abirón— destinada a desembocar en un resultado macabro la maldición de Moisés: «El suelo se hundió bajo sus pies, la tierra abrió de par en par la boca y se los tragó... bajaron vivos a los infiernos, ellos y cuanto les pertenecía, y la tierra los cubrió» (léase el capítulo de 16 del libro de los Números).

Pero regresemos a nuestra pareja de judeocristianos jerosolimitanos, Ananías —nombre hebreo común que llevan al menos diez personajes de la Biblia y cuyo significado, «el Señor me ha concedido su gracia», suena un tanto irónico en nuestro relato— y Safira, un nombre que remite al zafiro o al lapislázuli. ¿Qué vileza habían cometido para merecer un

mismo trágico final? Para comprender la gravedad de su culpa, descrita en el capítulo 5 de los Hechos de los Apóstoles (vv. 1-11), necesitamos esbozar el fondo de la vida de la primitiva comunidad de Jerusalén.

Unos pocos versículos antes, en efecto, leemos que «la muchedumbre de los que habían llegado a la fe tenía un solo corazón y una sola alma, y nadie consideraba propiedad suya lo que le pertenecía, sino que todo lo tenían en común... Ninguno de ellos tenía necesidad, porque cuantos poseían campos o casas los vendían, llevaban lo ganado con lo que habían vendido y lo colocaban a los pies de los apóstoles; después, se distribuía a cada uno según su necesidad» (4,32-35). Era lo que el mismo Lucas llama en griego *koinonia*, la «comuni3n fraterna» de bienes, un compartir que elimina toda propiedad privada y personal.

Ahora bien, nuestros dos esposos, Ananías y Safira, que habían vendido una finca, habían retenido para ellos una parte de la cantidad, mientras que el resto fue entregado a Pedro para la comunidad. El ap3stol se da cuenta del engaño y reacciona con vehemencia: «Ananías, ¿por qué Satanás se ha apoderado de tu corazón hasta el punto de que has mentido al Esp3ritu Santo y te has quedado parte del precio del terreno?» (5,3). Y en ese momento se produce la condena aterradora, según el modelo de ciertos juicios de Dios en el Antiguo Testamento: «Ananías cay3 a tierra y expir3» (5,5).

El mismo suceso se repite en el caso de Safira, que, ajena a lo sucedido, se presenta tres horas después y corrobora la misma versi3n dada por el marido, por lo que recibe una idéntica condena por parte de Pedro que la deja muerta en tierra (5,7-10). En sí misma, la escena puede tener un núcleo de verdad histórica: Lucas, tal vez, ha narrado, interpretándolo en sentido religioso, el drama de la muerte repentina, ocurrida a una distancia próxima, de dos c3nyuges cristianos «de quienes se hablaba» por su comportamiento egoísta.

Sin embargo, si nos atenemos al estilo bíblico y al uso de las particulares modalidades expresivas típicas de los relatos bíblicos, debemos subrayar que Lucas quiere, sobre todo, resaltar el significado profundo y simbólico de aquel suceso. Quien viola, por afán de poseer y por egoísmo, el precepto de la caridad activa con respecto al prójimo es un «excomulgado». Es como si hubiera muerto para la comunidad, y así se ha colocado fuera del círculo vital de la comunión eclesial y de la gracia divina. Algo parecido declarará también san Pablo al condenar a un incestuoso de la comunidad de Corinto: «Sea este individuo entregado a Satanás para ruina de la carne, para que el espíritu pueda salvarse en el día del Señor» (1 Cor 5,5). Por consiguiente, se trata de un relato ejemplar de juicio sobre el mal, que, sin embargo, no elimina la constante certeza bíblica con respecto a la conversión-renacimiento y al perdón-resurrección.

¿Escritos «canónicos»?

No entiendo por qué ciertos libros se consideran apócrifos. ¿Qué criterio nos permite entender si un libro está o no inspirado por Dios? He escuchado que los apócrifos se excluyeron de la Biblia porque se fundamentaban en leyendas y porque eran demasiado fantasiosos. Pero, desde esta misma perspectiva, Génesis y Apocalipsis no se quedan atrás.

Esta pregunta concierne, técnicamente hablando, al problema de la «canonicidad» de las Sagradas Escrituras, una cuestión que ha atormentado a la Iglesia desde los primeros siglos y que estaba relacionada con la necesidad de elaborar una unidad de medida teológica —de ahí la palabra «canon», que en griego se refiere a la caña para medir, una especie de metro primitivo o rudimentario— para identificar la auténtica palabra de Dios expresada por escrito. Esta verificación no debía ser solamente histórico-literaria, como sostiene nuestro inter-

locutor cuando afirma que algunos libros, llamados posteriormente «apócrifos» —es decir, «ocultos» y, por consiguiente, arrinconados en los márgenes de la comunidad eclesial—, fueron expulsados porque estaban fundamentados en leyendas y porque eran demasiado fantasiosos. Si fuera este el metro o el canon, se podría, con toda razón, dudar de otras páginas consideradas «canónicas» que contienen elementos míticos (si bien reelaborados), usan la fantasía mediante relatos o parábolas para enseñar la verdad que quieren comunicar, les gustan los colores fuertes, etc.

El metro no es tampoco el de la «espiritualidad»: en los denominados apócrifos judíos y cristianos encontramos páginas de una fuerte tensión mística, de una gran moralidad y con exigencias ascéticas (pensemos en los llamados «escritos gnósticos»). Tampoco la historicidad es en sí misma un criterio discriminador, y no solo porque los mismos evangelios canónicos son historia y fe fusionadas, sino también porque algunos evangelios apócrifos contienen, probablemente, recuerdos históricos auténticos de Jesús de Nazaret (como, por ejemplo, algunos dichos de Cristo conservados en el *Evangelio de Tomás*). Se trata, por consiguiente, de una opción realizada según criterios teológicos y eclesiales rigurosos que implican cuestiones afines, como la «inspiración» divina de la Escritura, la Tradición de la Iglesia, la presencia del Espíritu Santo como intérprete vivo de la palabra de Dios.

Tratemos, en primer lugar, de ver el modo como la Iglesia llegó a definir el canon bíblico. El problema también había surgido en el judaísmo con respecto a las Sagradas Escrituras hebreas. La diáspora judía, de hecho, había unido a los libros bíblicos, escritos en hebreo, otras siete obras que se compusieron, o a nosotros nos han llegado así, en lengua griega (Tobías, Judit, 1 y 2 Macabeos, Sabiduría, Sirácida y Baruc), además de algunos pasajes griegos que se añadieron a los libros hebreos de Ester y Daniel. Este es el denominado «canon alejandrino»,

porque se vincula con la antigua versión en griego de la Biblia realizada en Alejandría (Egipto). Este canon más amplio fue finalmente aceptado por la Iglesia católica en el Concilio de Trento (1546), mientras que las Iglesias protestantes optaron por el canon exclusivamente «hebreo». Unos decenios después, el teólogo Sisto Senese denominó a estos siete libros «deuterocanónicos» (es decir, canónicos en segunda batida), mientras que los protestantes los catalogaron como «apócrifos», relegándolos, por tanto, a una categoría extracanónica inferior.

En este momento, nos planteamos dos interrogantes. El primero es de tipo histórico: ¿qué canon aceptó la Tradición cristiana antigua? De las 350 citas veterotestamentarias presentes en el Nuevo Testamento, 300 proceden directamente de la antigua versión griega, conocida como los Setenta; así pues, puede deducirse que los autores neotestamentarios consideraban inspirados también los siete libros deuterocanónicos pertenecientes a aquella Biblia. Esta posición era compartida por toda la Iglesia de los tres primeros siglos, con excepción de un autor del siglo II, Melitón de Sardes, que sostenía el canon hebreo. Orígenes, un importante escritor, afirmaba explícitamente en el siglo III el deber de usar también los deuterocanónicos como palabra de Dios.

Esta armonía se rompió en el siglo IV, cuando algunos Padres de la Iglesia –Atanasio, Cirilo de Jerusalén, Hilario de Poitiers y, sobre todo, Jerónimo, el traductor de la Biblia a lengua latina– regresaron al canon hebreo, a la *Hebraica veritas*, es decir, a la raíz hebrea de las Escrituras, como decía el propio Jerónimo. Sin embargo, después, prevaleció en la Iglesia la posición anterior, pero permanecieron tensiones, que se resolvieron en el Concilio de Trento, en el caso de la Iglesia católica, y de forma diferente por la Reforma, como hemos dicho más arriba.

Y ahora vamos a la segunda y decisiva pregunta: ¿sobre qué fundamento se reconoce un libro como inspirado por